

El R. P. Unamuno, O. S. A. (1873-1943)

NOTA NECROLOGICA

Por

Manuel Jordán de Urrés

El día 2 de octubre de 1943 falleció en Madrid, tras corta enfermedad, el R. P. Unamuno, jefe del Laboratorio de Micología de su Jardín Botánico.

La muerte truncaba una labor fecunda de investigador cuando aún cabía esperar de ésta óptimos frutos. Desde ese día España se ve privada de su más distinguido micólogo contemporáneo; estos Anales pierden, con tan competente colaborador, una firma difícil de reemplazar; y a los que tuvimos la honra de tratar de cerca a este religioso ejemplar nos queda el recuerdo emocionado del amigo leal y maestro querido y venerado.

Luis M.^a Unamuno Irigoyen nació en el pueblo de Abadiano (Vizcaya) el 8 de septiembre de 1873. A los diecisiete años ingresó en el Colegio de la Orden Agustiniiana de Valladolid, y cuatro años más tarde hizo su solemne Profesión en la Vid (Burgos). Unos años después fué enviado a Filipinas, donde estuvo poco tiempo, pues en 1898 volvió a España.

De nuevo entre nosotros, comenzó sus estudios de Ciencias Naturales en la Universidad Central, y obtenido el grado de Licenciado pasó a regentar las clases de Ciencias Naturales en los colegios que su Orden tiene en Tapia y Llanés (Asturias).

Con ocasión de un viaje a Madrid, un acontecimiento, al parecer trivial, vino a variar nuevamente el rumbo de sus actividades. El P. Barreiro, compañero suyo de Orden, le presentó al Dr. González Fragoso, quien supo comunicarle tan bien su entusiasmo por sus es-

tudio, que a su vuelta a Llanes comenzó a recoger con afán plantas para luego enviárselas a Frago.

Muchas son las especies recogidas por el P. Unamuno y estudiadas y publicadas por Frago, entre ellas *Puccinia Unamunoi* G. Frag. sobre *Asphodelus cerasiferus*, bonita especie completamente distinta de *Pucc. asphodeli*.

Poco a poco, el P. Unamuno logró reunir en Llanes los libros indispensables, y pudo estudiar por su cuenta el material que recogía por la región, en los ratos que su entusiasmo y laboriosidad restaban al descanso, después de las agotadoras tareas docentes en el colegio. De todos modos, la bibliografía de que disponía allí no era suficiente para un trabajo acabado y por eso mantuvo continua correspondencia con Frago y aprovechaba las vacaciones de verano para venir a Madrid y consultar sus libros y herbario.

Así, modestamente, comenzó el P. Unamuno una labor que tan fecunda había de ser años más tarde. De esta primera época son los trabajos que presentó en los Congresos de la Asociación para el Progreso de las Ciencias celebrados en Bilbao, Oporto, Salamanca, Coimbra y Cádiz, y desde entonces no ha faltado su valiosa aportación a ninguno de los Congresos de dicha Asociación, salvo, claro está, los celebrados durante nuestra pasada guerra.

En 1927, a instancia del Dr. Frago, que presentaba su próximo fin, fué llamado el P. Unamuno a Madrid, y grande fué el consuelo que a Frago proporcionó el ver que su obra no quedaba interrumpida, sino que, por el contrario, prometía continuarse con nuevos entusiasmos por parte de aquel discípulo predilecto.

A la muerte del Dr. Frago, el P. Unamuno se hizo cargo de la Dirección del Laboratorio de Micología del Jardín Botánico de Madrid, y entonces comienza la etapa más intensa de su actividad investigadora, que dura hasta nuestra guerra. Las trágicas jornadas vividas por este buen religioso minaron su salud de tal modo, que aunque a la vuelta de ellas reanudó el P. Unamuno su tarea, puede en él más su afán que su capacidad de trabajo y la muerte le sorprende con tantos trabajos comenzados y tantos proyectos, que para ultimar los unos y realizar los otros no hubiera bastado una nueva vida.

Pero no por eso es menos importante su contribución al conocimiento de la Flora española de micomicetos, y a esto contribuyeron tanto sus magníficas dotes de investigador como su laboriosidad ejemplar. Desde el momento en que estuvo a su cargo la Dirección del Laboratorio de Micología, como él mismo decía en el discurso pronun-



ciado con ocasión de su ingreso en la Real Academia de Ciencias, hizo "de este recoleto Jardín Botánico, tan propicio a la evocación, una prolongación de su celda religiosa".

Aunque interesado por las diversas corrientes científicas en micología, sus preferencias fueron por la escuela sistemática italiana, cuyo tecnicismo adoptaba.

Mantuvo intercambio y correspondencia científica con especialistas de todo el mundo, y siempre en ella brilló la caballerosidad y honradez profesional.

Varios colegas y discípulos le dedicaron un número bastante crecido de especies, y nosotros mismos no hace mucho tiempo tuvimos la suerte de poder testimoniárle nuestro cariño dedicándole el género *Unamunoa*.

Reflejo de una infatigable actividad son sus numerosas publicaciones (1), en las que describió como nuevos un género (*Rhynchoseptoria*) y 23 especies, además de 48 variedades o formas, pertenecientes en su casi totalidad a hongos parásitos de plantas herbáceas, a cuyo estudio había dedicado casi por completo su labor. La Ciencia Micológica Española debe también a este investigador la ampliación y corrección de innumerables descripciones antiguas y la enormidad de datos biogeográficos que representan los 14.000 ejemplares del herbario a que aproximadamente asciende el fruto de sus herborizaciones por casi toda la Península, especialmente la región de Cantabria y Galicia, así como también León, Burgos, Cuenca, Albacete, Salamanca, Madrid y últimamente por el Marruecos español.

De la última época de su vida son dos publicaciones que por su carácter se apartan de las demás; me refiero a las dos Memorias premiadas y publicadas por la Real Academia de Ciencias y tituladas "Enumeración y Distribución Geográfica de los Esferopsidales de la Península Ibérica e Islas Baleares. Familia Esferioidáceos" (1933) y "Enumeración y Distribución Geográfica de los Ascomicetos de la Península Ibérica e Islas Baleares" (1941). Son trabajos que, después de vencidas tantas dificultades, responden perfectamente al título que llevan y que únicamente podía realizar quien, como él, reunía a un tiempo un incomparable conocimiento de la Micoflórula española y dominaba la bibliografía referente a esta materia, tanto española como portuguesa.

(1) Una enumeración detallada de sus publicaciones aparece en la nota necrológica publicada en el "Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural",

En adelante, los que a estos estudios nos dediquemos en España, podremos aprovecharnos de la gran experiencia de este micólogo y la consulta de sus libros será cosa obligada al realizar cualquier estudio que se refiera a la Flora española de Ascomicetos o Esferop-sidales.

Así fueron la vida y la labor del P. Unamuno, que se resumen en la virtud sólida del religioso y el tesón y la constancia en la labor fructífera del investigador.